



Carlos Mérida

Enrique Noriega

1981

Guatemala, es un pequeño país de 108 mil kilómetros cuadrados. Ubicado en el corazón de América. La Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental que cruzan todo el territorio mexicano, mueren en el Estado de Chiapas fronterizo a Guatemala; de allí se levanta una cordillera de volcanes que dan una topografía sui generis a esta bella nación tropical, que genera una variedad de climas y paisajes en el más breve tiempo del viajante.

Guatemala es la zona más importante de mesoamérica; a cada paso de su suelo se encuentran testimonios de la cultura maya quiché, que tuvo su auge hace mil quinientos años y, ahora ha sorprendido al mundo contemporáneo de la ciencia y de las artes.

Los aborígenes descendientes de esta maravillosa cultura, usan trajes típicos de telas confeccionados por ellos mismos y elaborados con peculiares diseños y vibrante colorido.

Infelizmente hasta hoy –1981- todavía contamos con un 65.5% de analfabetismo, en su mayoría indígenas, y una situación económica de muy bajo porcentaje per-capita, a pesar de que existen todavía grandes extensiones de tierra sin cultivar y, el subsuelo del norte de la nación, posee petróleo que han comenzado a explotar compañías extranjeras.

La majestuosidad del paisaje, la variedad de la floresta tropical, el colorido de los trajes típicos de sus aborígenes, el valioso testimonio maya, la sabrosura del clima y, los problemas sociales; hacen a Guatemala uno de los países del mundo de mayores motivaciones para entregarse a la reflexión y, al afiebrado y dulce deleite de la creación.

Aquí nació Carlos Mérida el 2 de diciembre de 1891 en la casa número 78 de la 4a. avenida sur -hoy 4a. Av. 14-42, Zona 1- de la ciudad de Guatemala, según acta de nacimiento asentada en el Registro Civil el 7 de diciembre del mismo año.

Sus padres fueron, el Lic. Serapio Santiago Mérida y Doña Guadalupe Ortega de Mérida, familia de clase media, dueña de algunos recursos económicos, que facilitaron la educación de su hijo.

A los seis años comenzaron a definirse sus inclinaciones hacia las bellas artes, cuando se sentaba al piano para interpretar al oído, algunas cancioncitas infantiles que le había enseñado su madre. Su aspecto a esa edad era de un niño tímido, introvertido, con dos ojos negros de peculiar brillantez. Luego, comienza a copiar a lápiz los caballitos que estaban pintados en las portadas de las cajas de cerillos, venidos de Suecia. Lo hacía con tal perfección, que sus padres comenzaron a indagar sobre algún profesor de dibujo, toda vez que en ese entonces (1898), no existía en el país, una escuela que diera específicamente esta disciplina.

Su infancia y parte de su adolescencia las pasa en la ciudad capital, compartiendo su tiempo entre el Liceo Guatemala, su preocupación musical orientada por sus padres y, las clases de dibujo que recibía por las tardes con el ciudadano Venezolano Santiago González, donde también asistían sus fraternales J Humberto Garavito, Mariano L. Pacheco, Osmundo Arriola, Adolfo Drago Braco, Víctor Fuentes Castillo, los hermanos Jesús y Ricardo Castillo, los hermanos Béisario y Antonio Escoto, Alberto Velásquez y Carlos González Afre; quienes con el entusiasmo inherente a su edad, organizan y participan en cuanta actividad artística se desarrolla en esta pequeña ciudad, que en ese entonces -1907- es llamada por los vecinos, la *Nueva Atenas* cuando está recién inaugurando el Teatro Municipal, llegan compañías de ópera y Sabartés se acerca para atizar el fuego.

En 1908, Mérida se gradúa de bachiller. Los maestros Vichi y Espinoza aconsejan se le continúe una educación más seria en las Bellas Artes, porque las facultades que en ese entonces hay en la Universidad de San-Carlos, -Ingeniería, Medicina, Farmacia y Notariado- no son adecuadas a la sensibilidad artística de este joven.

Vuelve la familia Mérida a la ciudad capital y comienza la preparación del incipiente artista en los idiomas inglés y Francés y, desde luego, continúa con sus clases de música y pintura, para ser enviado dos años después a Europa, con el deseo de sus padres de que siga formalmente los estudios de música.

-Su compañero de viaje es **Carlos Valenti**, de un talento prodigioso para la pintura, toda sensibilidad, sensualidad y temperamento. **Valenti** lleva en su maleta una carta de recomendación de Sabartés para Pablo Picasso.

Llegan a París. Se acomodan en una modesta pensión cercana a los jardines de Luxemburgo, a pocas cuadras del Sena, del exótico barrio latino, de Notre Dame, del boulevard San Michel y de los famosos cafés de Montparnasse, visitados por el poeta Paul Valery y de otros intelectuales de relieve, es decir, un punto estratégico para dos jóvenes llenos de inquietudes.

Una de las primeras visitas que hacen es a Pablo Picasso para entregarle la carta de Sabartés. Picasso se acaba de cambiar a un amplio departamento-estudio, el número once del boulevard de Clichy, a pocos pasos de la plaza Pigalle. Ese sábado Picasso los recibe con gran cordialidad, los presenta con los hermanos Leo y Gertrude Stein, Georges Braqué, los poetas Guillaume Apollinaire, André Bretón y Max Jacob y, su compañera Fernande Oliver. Lee la carta de Sabartés en voz alta, donde lo invita a venir a Guatemala "*un país tropical con una catedral de luz*" y "*muchos misterios por descubrir de una civilización antigua*". Así mismo le pide, que seleccione una academia o un maestro para que de clases de pintura a **Valenti**.

Valenti ingresa los talleres de Van Dongen, Mérida se inscribe en el Conservatorio de Música. En sus horas libres son inseparables, visitan museos, exposiciones, asisten a conciertos, conferencias y reuniones estudiantiles de Latinoamericanos y, desde luego salen a pintar con sus respectivos caballetes. Conocen ampliamente el barrio de Montmartré, la iglesia del Sagrado Corazón; el parque y el famoso restaurante de los pintores, que fuera inmortalizado por los lienzos de Van Goh... ¡Ah! París de la *Belle Epoque*, cuando el arte se detiene en las exquisiteces del simbolismo del *Arte por el arte*, cuando aún están frescas las series de cuadros de Molin Rouge de Toulouse Lautrec, las bailarinas de Degas y surge el arte negro, el fauvismo, el expresionismo, el cubismo, el futurismo y la pintura abstracta de Kadinsky y Klee.

En esta lujuria emocional de los veinte años se encontraban los jóvenes artistas, cuando Mérida recibe el diagnóstico de su sordera progresiva, que le priva a continuar sus estudios de música y le abren las puertas de la pintura, que siempre ha sido su pasión, su vida, su fuego interno.

Escribe a sus padres informándoles sobre su enfermedad y, sobre la poca importancia que esto representa para él, porque jamás ha pensado que sea un obstáculo para lograr su formación artística, toda vez que ha decidido volcar todo su esfuerzo creador a las artes plásticas.

Como si su sordera le hubiese servido de estímulo, para impulsar su actividad, sale muy temprano a pintar y regresa ya entrada la tarde. Hoy esboza a carbón Notre Dame en distintos ángulos. Al siguiente día trae a lápiz la silueta de una prostituta. Luego la mujer ciega y su pequeño hijo o el mendigo por las calles del barrio latino. Cada día diferentes temas e infinidad de bocetos en distintos estilos. Se ha despertado en Mérida un espíritu de libertad y de alegría. Todo es gozo, ya no se siente atado a una fuerza invisible. Porque, si bien a él le gustaba y le sigue gustando la música, no sería en su interior que ese arte fuera su verdadera vocación.

Una mañana sale Mérida a tomar café y, cuando vuelve a la pensión, se encuentra con la conserje que le informa que su amigo **Valenti** se ha suicidado. Para un joven de fina sensibilidad como él, este acontecimiento se torna en una verdadera tragedia.

Para aliviar su dolor, sale a España y en Madrid ingresa a los estudios de Anglada Camarasa que le ha aconsejado Picasso. Aquí aprende diseño geométrico, percibe y capta el nuevo lenguaje de la pintura en su más pura esencia. Conoce en sus originales la gigantesca obra de Velásquez, del Greco, de Zurbarán y de Goya; sin embargo París lo llama, ha dejado amigos y para sus inquietudes pictóricas, en él encuentra un ambiente más amplio, el punto de la espiral de donde se desarrollan todos los movimientos artísticos. Por todos estos motivos regresa a París en 1912.

Al retornar Mérida a París, ingresa a los talleres de Van Dongen y de Modigliani, allí conoce los movimientos vanguardistas, conoce el grupo francés de los *Nabis*, que a un tiempo se inspiran en el preciosismo simbolista y, en los viejos preceptos de Gauguin.

Meses después de su regreso a París, llega Ricardo Castillo para estudiar pintura. Mérida lo acoge con el cariño y sublimación del compañero de infancia...

Origen Documento:

Noriega, Enrique. "**Carlos Mérida**". Ediciones Acento. Guatemala, 1981.